

LA AUSTERIDAD DE LOS GOBERNANTES BASE DEL PROGRESO MORAL DE LA REPÚBLICA*

por el Académico correspondiente DR. JORGE BENCHETRIT MEDINA

Recuerda Azorín, en *Clásicos y modernos*, que cierto escritor español, al referirse al desastre de Cuba —a fines del siglo pasado—, se expresaba así: “Nuestro pueblo ignora muchas cosas de las relativas al gran fracaso; pero en el fondo de ese misterio adivina «algo» oscuro, algo negro, algo sucio quizá, y esos «algos» penetran en su alma...”

¡Cuán importante es, señores, que el alma de los pueblos se encuentre a salvo de esa suerte de contaminación moral que penetra en ella, cuando la atmósfera cívica se ve empañada por la sospecha —y a veces por la evidencia— de que “algo” sucio ha inspirado los actos de sus gobernantes, y de que esos “algos” han decidido la muerte del país, en horas cruciales de su destino histórico! Y así como en España, aquel “misterio” del desastre de Cuba, contaminó el alma del pueblo hispano, y acentuó la decadencia de la Madre Patria a tal punto que uno de sus hijos ilustres, don Miguel de Unamuno, transido de angustia, llegó a decir: “¡Cómo me duele España...!”, así también nosotros, en las crisis que hemos vivido, y que vivimos, con el dolor de nuestra Argentina que nos retuerce el alma, sentimos a veces nuestra fibra moral quebrantada, porque hay una serie de “algos” que contaminan la atmósfera nacional, y nos arrastran a desastres que aparecen inexplicables.

Es por ello cuestión de vida o muerte, para las Naciones, que sus gobernantes sean austeros, que su conducta

* Conferencia pronunciada el 13 de setiembre de 1979 al incorporarse como miembro correspondiente a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

no ofrezca “misterios”; que a su alrededor no exista la atmósfera viciada por un conjunto de “algos” que echen sombras sobre sus actos, y que como larvas de corrupción van penetrando en el alma del pueblo. Porque en esta desesperada lucha que libra la humanidad, para salvarse de la crisis casi general que la golpea —crisis en las costumbres, en la familia, en la religión, en la política, hasta en el hábito de vivir como seres humanos, y no como bestias, que tal es la vida del hombre cuando la violencia se apodera de su mente y de su alma—, sólo encontrará el éxito que le permitirá triunfar en esa lucha, y levantar en alto, indemne y entera, su condición humana, cuando logre apoyar, sobre bases morales, bien afirmadas, el camino de su progreso.

Es por ello que hemos creído oportuno hablar, en esta ocasión, ante este ilustre cuerpo, que me honra con su tribuna, y cuya finalidad es, precisamente, afirmar las bases morales de la República —que tal es la razón de su existencia— creímos necesario hablar, decía, de *la austeridad de los gobernantes, como base del progreso moral de la República*. Verdad sabida es que el buen ejemplo, para ser útil, debe venir de arriba. Y en los días que vivimos, todo el mundo está ansioso de buenos ejemplos. En la tremenda confusión que predomina, ante esta realidad inexplicable de un pueblo como el nuestro, en un país como el que tenemos, con tantas bendiciones puestas por Dios al alcance de la mano, en esta Argentina que Ortega y Gasset calificaba, allá en la década del veinte, como “el pueblo con más vigorosos resortes históricos que existe hoy”, cuyo habitante, “el hombre del Plata —añadía— es uno de los mejor dotados que acaso haya”, y que sin embargo padece la crisis de un liderazgo perdido, es desesperadamente urgente que echemos raíces bien firmes, para recuperar el rumbo y restaurar a la República. Y esas raíces no pueden ser otras que las de la moral. Son las únicas que asegurarán nuestro progreso material.

II

EL MANDATO DE MAYO

¡Que los gobernantes sean austeros! No es un reclamo de hoy, desde luego. Porque es una exigencia que brotó,

de labios argentinos, en el mismo instante en que la Patria nacía. Con visionaria previsión, como si hubiera tenido conciencia plena de cuánto costaría al pueblo argentino la falta de austeridad de algunos de sus gobernantes futuros, Mariano Moreno, en el propio decreto de fundación de "La Gaceta", escribía estas palabras que deberían estar grabadas con caracteres indelebles en todos los despachos gubernativos: "El pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes, y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que irán aquellas reservas y misterios inventados por el poder para cubrir los delitos". Y con insistencia tenaz, en esa labor permanente de docencia cívica que inspiró todos los actos de Moreno, nos dice poco después, en la misma "Gaceta": "... Que el funcionario tema la censura pública; (...) que conozcan todos que los empleos no honran sino al que se honra a sí mismo por sus virtudes; que un hombre desconocido pero con virtudes y talentos, no sea jamás postergado por otro...".

Son conceptos simples, verdades sabidas, que casi ni merecerían ser repetidos. ¡Pero qué acertado estaba el prócer al reiterarlos casi a diario, para que entraran, bien adentro, en el alma del pueblo! Porque la realidad histórica muestra, en todos los tiempos, y así vuelve a decirlo en "La Gaceta", que "el pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien; él debe aspirar a que nunca puedan obrar mal; que sus pasiones tengan un dique más firme que su propia virtud; y que delineado el camino de sus operaciones por reglas que no esté en sus manos trastornar, se derive la bondad del gobierno, no de las personas que lo ejercen, sino de una Constitución firme, que obligue a los sucesores a ser igualmente buenos que los primeros, sin que en ningún caso deje a éstos la libertad de ser malos impunemente".

"La libertad de ser malos impunemente...". Porque en ocasiones ha existido, ya no la libertad, sino el libertinaje, de hacer mal con impunidad; porque hubieron gobernantes, para mal de la Patria, que se olvidaron de ser austeros, sin que nadie los castigara —y que, por el contrario, según lo veremos luego, recibieron el premio de las grandes, y nefastas, idolatrías de sus adictos—, por todo eso la Argentina nos sigue doliendo... , como dolía su vieja España al gran Unamuno. Esto lo previó también Moreno, en su famoso decreto de supresión de los honores

al presidente de la Junta. Con una clarividencia notable, realiza en tal decreto un análisis, hasta hoy no superado, de los peligros que corre la salud moral de los pueblos, cuando los honores excesivos, la ambición de los que mandan, y el servilismo de sus adictos, resquebrajan los frenos morales de los gobernantes.

Cuando ellos, en una palabra, dejan de ser austeros. “La libertad de los pueblos —nos dice el prócer de Mayo— no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad; y este cántico maquinal es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan”. Pareciera, señores, que Moreno hubiera previsto y adivinado las desgracias de la Patria. ¿Acaso no hemos leído en los diarios de ayer y de hoy, cánticos a la libertad entonados por quienes fueron artífices de la opresión, y añoran sus cadenas?

“No son estos —sigue diciendo aquel decreto— vanos temores de que un gobierno moderado pueda alguna vez prescindir. Por desgracia de la sociedad, existen en todas partes hombres venales y bajos, que no teniendo otros recursos para su fortuna que los de la vil adulación, lisonjean todas sus pasiones, y tratan de comprar su favor a costa de los derechos y prerrogativas de los demás”.

Y en tal decreto, imponíanse aquellos mandatos de austeridad, de dignidad cívica y de moral republicana, que, a pesar de encontrarse identificados con los días aurorales de la Patria, y con el mensaje que la gesta de Mayo nos legara, fueron tantas, y tantas veces, olvidados.

Recordaréis vosotros, y no será preciso repetirlas, las normas de republicana austeridad consagradas por Moreno, para impedir los brindis de homenaje “a los individuos particulares de la Junta”: los honores a las esposas de los funcionarios públicos; y la enérgica condena que mereció aquel oficial que echó un brindis “con que ofendió la probidad del Presidente y atacó los derechos de la Patria”, cuyo destierro fue preciso porque —concluía— “un habitante de Buenos Aires, ni ebrio, ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país”.

Perdonad, señores, esta relación prolija del pensamiento de Moreno, y del famoso decreto de los honores, pero

es conveniente recordar todo esto, al hablar de la austeridad de los gobernantes, porque en aquellos conceptos, tan significativos en cuanto fueron expresados al nacer la Patria, está encerrada la Biblia, llamémosla así, de la austeridad que necesitamos en los gobernantes para afirmar las bases del progreso moral de la República. La permanente vigencia de estas bases, apoyadas en la austeridad de los que mandan, es, en verdad, un mandato de Mayo, tan imperativo como el que nos obliga a defender la tierra en que hemos nacido.

Porque, en definitiva, hemos nacido como Nación al mismo tiempo que aquellas normas se consagraban, y ellas integran, más que nuestro derecho positivo, el acervo histórico que conforma nuestra personalidad como pueblo independiente, y al que debemos aferrarnos, como se aferra el individuo a sus tradiciones familiares, si no queremos perder el rumbo de nuestro destino.

III

EL EJEMPLO DE LOS PRÓCERES

Y esto es necesario recordarlo, una y mil veces, porque también aquel mandato ha sido, una y mil veces, olvidado.

Y adviértase la influencia moralizadora de aquellas normas, a los pocos años del grito de Mayo, en algunas constituciones provinciales, cuyos autores han bebido, evidentemente, en las lecciones de Moreno, la doctrina de austeridad que él predicara. Sabréis, sin duda, que la Constitución de Corrientes, sancionada en 1821 —luego de proclamar, con palabras aparentemente ingenuas, pero profundamente sabias, que “la persona del hombre es la cosa más hermosa del mundo”, según reza, textualmente, el art. 1º de su Sección Octava— impone a los gobernadores el deber de visitar la provincia una vez al año, pero tal visita debían hacerla “a su costa”, con una escolta no mayor de diez hombres, “y los víveres que en sus marchas consumiese —agrega— pagará el gobernador por el precio corriente del país”.

Cuán fácilmente olvidaron esta lección de austeridad, gobernantes que han habido, en la Nación y en las provincias, que paseaban y veraneaban, con gastos pagos, en toda suerte de vehículos —y desde luego en aviones oficiales— a costa del pueblo. Y cuánta digna austeridad había, también, en aquella norma de la misma Constitución, que textualmente decía: “Consultando el decoro del Gobierno, se prohíbe absolutamente que el gobernador reciba obsequio ni regalos, por considerarse que son unos verdaderos sacrificios que arranca el temor bajo el aspecto de voluntario, y principalmente porque llevan el vicioso carácter de baratería, que aleja del corazón de los ciudadanos la buena opinión del gobernador, y de los principios de su conducta”.

Y gobernantes hemos tenido, señores, que llenaron piezas enteras con los regalos, “arrancados” por el temor y la obsecuencia, al pueblo argentino, en tiempos no muy lejanos.

Como ya lo hemos dicho en otra ocasión, la dramática crisis argentina, podría ser definida como la historia de los olvidos de nuestra historia.

Y en el tema que nos ocupa, tales olvidos han sido muy frecuentes. ¿Cuántos gobernantes recordaron la lección de austeridad de Belgrano, al declinar el premio en dinero otorgado como recompensa por una de sus heroicas batallas, destinándolo a la construcción de escuelas y a honrar al maestro? ¿Cuántos imitaron al Libertador, José de San Martín, que cedió la tercera parte de su sueldo de coronel de Granaderos, para gastos públicos, y al concluir su misión libertadora en Chile, rindió cuentas de los dos pesos gastados para gratificar “al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre...”?

“¡Felices tiempos —dice Mitre, al hablar de «las cuentas del Gran Capitán»—, en que las alegrías de sus poderosos no costaban sino dos pesos al tesoro del pueblo, y ésto por una sola vez!” Claro es que hubieron gobernantes, ¡cómo no!, que aprendieron esos ejemplos de austeridad, y los imitaron, para bien de sus pueblos. Y permítme que recuerde, entre ellos —que a Dios gracias, fueron muchos—, a don Pedro Ferré, varias veces gobernador de mi provincia, Corrientes. en cuyas memorias pudo relatar, “sin temor a ser desmentido, que en tantas veces

que he gobernado a mi país, no he hecho derramar una sola gota de sangre por crímenes políticos, ni despojado a nadie de sus bienes". Y como prueba inequívoca de su austeridad, aquel gobernante concluye con estas palabras, que deberían ser enseñadas en las escuelas, para que los hombres de mañana aprendan, desde el aula, cómo la auténtica gloria está identificada siempre con la austeridad, y cómo se engaña al pueblo, y se traiciona a la Patria, cuando se utiliza el gobierno para medrar, para perseguir, y para esclavizar.

Don Pedro Ferré concluía así sus memorias: "...Llámenme en buena hora el calafate Ferré, el gobernador mazeta, el carpintero, como me han llamado los enemigos de mi patria, y si quieren llamarme viejo y rengo, háganlo también, pues soy viejo y estoy rengo, y soy carpintero de ribera, y de cuanto quiero de carpintería, y acabo de hacer aquí una carreta para el servicio, y un carrito para mi familia, por haber perdido, ya he dicho dónde, los que tenía; pero no me llamarán degollador, ni ladrón, ni tirano, ni adulón, ni cosa que se le parezca...".

Con esta base moral, con estos ejemplos, fue haciéndose la República. Y para orgullo del pueblo argentino, sobran los próceres, todo los que llenaron con sus nombres las páginas brillantes de nuestra historia, que fueron de igual modo austeros, y terminaron sus días en la pobreza digna de los hombres de bien, que desde el gobierno trabajaron, y lucharon, para la prosperidad de la Patria, y no para la propia.

Fue así el ejemplo de Bartolomé Mitre, que después de cuarenta años de lucha, "con la espada al cinto", el generalísimo de la Triple Alianza, el Presidente de la República, bajó del gobierno tan pobre que debió rematar los muebles de su hogar, y se ganó la vida trabajando, duramente, como el más humilde de los obreros.

Fue el ejemplo de Sarmiento, el maestro por excelencia —título el más brillante que invocara—, que vivió y murió igualmente pobre, repartiendo verdades, y enseñando a los jóvenes cómo es preciso vivir, "sin tenerle miedo al jefe de Policía...", según dijo en debate memorable, pero, fundamentalmente, cómo es posible llegar a las más altas posiciones y merecer estatuas, sin dejar de ser austero.

Fue apenas pasada la crisis del 90, cuando tantas conductas declinaban, cuando la "Gran Aldea" del Plata dejaba de ser tal, para transformarse en la Salamanca diabólica de los negociados y las apetencias espúreas, que el pueblo argentino pudo recibir la lección moral de dos próceres del civismo: Leandro Alem, el líder romántico, y Carlos Pellegrini, el gran estadista, exhibiendo la austera dignidad de sus vidas, en polémica histórica.

El uno, el caudillo radical, proclamando que "vivía en casa de cristal", y el otro, el Presidente de la crisis, diciendo que la suya era "casa de piedra" pero en ella formó un hogar respetado y honesto. Y por igual austeros, mientras el primero rubricó, poco después, con el sacrificio de su vida, la autenticidad de su credo; el segundo, al vender su única propiedad, para pagar sus deudas, y al dejar la Presidencia para seguir siendo martillero, mostraba cómo podía gobernarse al país, y enriquecer su patrimonio moral, mientras se sacrificaba y empobrecía el patrimonio propio.

Y ya en este siglo, hubo un presidente argentino, por dos veces encumbrado al sillón de Rivadavia, que donó sus sueldos a la Sociedad de Beneficencia, permitió que todos lo insultaran y calumniaran, sin perseguir a nadie, y como único patrimonio dejó en herencia el ejemplo de austeridad y de honradez que inspiró a todos sus actos. Porque tal fue la vida y la lección que nos ha dejado, como síntesis positiva para el progreso moral de la República, don Hipólito Irigoyen.

Y hubo otro presidente que, con austeridad republicana, volvió a su hogar, después de una gesta libertadora, con la frente alta y las manos limpias, y de ese hogar fue arrancado por fanáticos bestializados y por ellos muerto, vilmente, recibiendo todavía, en el instante postrero, de su víctima, una lección de coraje civil, y de auténtica dignidad, que tal fue el ejemplo de Pedro Eugenio Aramburu.

¡Qué hombres aquellos! ¡Y cómo engrandecían a la Patria, en cuanto sus actos, a pesar de las pasiones, los ataques y las luchas propias de la época, permitían que el alma del pueblo se purificara con estas lecciones de digna austeridad, sin que pudieran contaminarla aquellos "algos" oscuros, negros, sucios, que otros personajes, por desgracia, provocaban con su inconducta!

IV

LA FALTA DE AUSTRERIDAD

Y bien, señores. Así como la sombra acompaña siempre a la luz, aquellos ejemplos de austera dignidad, en gobernantes que honraron a la Patria, tuvieron, como contrapartida inevitable, en la vida cívica del país, el ejemplo negativo de los gobernantes que ignoraron el mandato de Mayo, que traicionaron la lección de nuestros próceres, y que hicieron, de su falta de austeridad, fuente permanente de angustias, sinsabores y vergüenza para el pueblo argentino. Y así como la austeridad de los gobernantes es la base del progreso moral de la República, la falta de austeridad, en algunos de ellos, ha sido causa de la tragedia moral, y de la crisis que todavía sufre la República Argentina. Y es necesario que de ellos hablemos.

Porque no tendremos conciencia plena de la importancia que reviste la existencia de gobernantes austeros, para el progreso moral de nuestro pueblo, si no tomamos igual conciencia del mal, muchas veces irreparable, que resulta de la inconducta, la ambición, la desvergüenza, y la falta de austeridad, de quienes olvidaron aquel mandato, y traicionaron aquel ejemplo.

Cierta vez dijo Alberdi: "La República Argentina no tiene un hombre, un suceso, una caída, una victoria, un acierto, un extravío en su vida de Nación, de que deba sentirse avergonzada".

¿Sigue esto siendo exacto? ¿No hay un solo gobernante, en los años de vida que como Nación lleva la Argentina, que haya podido avergonzarnos, porque no supo ser austero? Afrontemos la pregunta, y demos la respuesta, con plena sinceridad. Y asumamos la responsabilidad de contestarla, sin pasión, sin odios, sin resentimientos, pero con la tranquilidad de conciencia de que no somos temerosos al eludirla, ni somos injustos al responderla.

"¡Desgraciados los pueblos que olvidan!", decía José Manuel Estrada, en página memorable. Y nos decía, también: "¡Desgraciados los pueblos inmorales, porque la verdad se secará en su seno, como la planta tropical arrojada

a las heladas costas de Magallanes!". Y bien, pues. Porque no podemos ni debemos olvidar; porque no queremos que a nuestro pueblo se lo califique de inmoral, al silenciar la verdad, contestemos aquella pregunta diciendo que hubieron, sí, por desgracia en tierra argentina, hombres que desde el gobierno, no supieron ni quisieron ser austeros, hombres de cuya inconducta la República debe —tiene el deber— de sentirse avergonzada. Y sinteticemos la presencia de esos hombres —no muchos, por fortuna, pero terriblemente nefastos—, en la figura de dos de ellos, que pueden simbolizar, sobradamente, todo el mal que de tales hombres resulta para el progreso moral de los pueblos.

¿Qué significa, señores, ser austero? ¿Cuándo lo es, de verdad, un gobernante? Una manera de ser austero, es aquella que ponderaba Plutarco, en su vida de Pericles. Ya moribundo el gran ateniense, se asombraba de que todos ponderaran sus triunfos y sus éxitos, pero que ninguno hablase del que estimaba "el mayor y más excelente" de sus méritos: que por su causa ningún ciudadano de Atenas "haya tenido que ponerse vestido negro...".

Porque un gobernante austero, es, sin duda, el que no enciende ni provoca odios, el que no empuja a las turbas al crimen, ni envilece el alma de sus adictos con la adulación, el servilismo y el sometimiento. Es austero, el que enciende de fe, y de santa pasión por un ideal, el ánimo de sus partidarios. Y no lo es, el que prostituye con el fanatismo —que es lo contrario de la fe— la conducta de quienes lo siguen, y llena de sangre, vilmente derramada, los caminos de la Patria. Y otra de las maneras de ser austero, es la que proclamaba un gran presidente argentino, Roque Sáenz Peña, al expresar que asumía el poder, para trabajar por el país, "... y no por mis amigos...". Porque no tiene austeridad, el gobernante aparcero, que para ser fiel a sus amigos —confundiendo la lealtad en los principios con la complicidad en las apetencias innobles— es infiel con el país que le toca gobernar. Y una manera más, la que resulta más evidente para el pueblo, de la austeridad que nos ocupa, es la ser honesto. Nada más, ni nada menos.

Es aquella austeridad que reclamaba, para los gobernantes, aquel maestro del civismo argentino que fue Juan B. Justo, cuando desde su banca de diputado decía estas simples palabras: "... tengamos, siempre, manos limpias y uñas cortas...". Como en otra ocasión hemos dicho, ¡cuán-

tas vergüenzas argentinas, y cuántas desgracias y sufrimientos, hubiéranse ahorrado al pueblo de la República, si sus puestos líderes, grandes y pequeños, de nuestra política criolla, hubieran mantenido siempre, al manejar la cosa pública, las manos limpias y las uñas cortas. . . !

Y bien, señores. Aquellos dos personajes, símbolos de la falta de austeridad en el gobierno, cuyo nombre no es preciso decir, porque sus actos los identifican, sentaron las bases, a un siglo de distancia cada uno de ellos, para la decadencia moral, y la tragedia cívica, de la República. Ambos se parecen, como una gota de agua a la otra. Ambos fomentaron el odio y el fanatismo de sus adictos, y ambos hicieron vestir de luto a muchos argentinos. Ambos se preocuparon más de gobernar para sí y sus amigos, y daño injusto de sus enemigos, que para el bien del país. Y ambos descuidaron aquellos consejos de asepsia política que predicara el Dr. Justo. Los dos, por igual, hicieron rendir honores a sus esposas, con olvido total del decreto, aún vigente, de 1810. Y los dos aceptaron, para sí y sus familiares, adulaciones y sometimientos, que los identificaban con la Patria, como si ésta fuera de carne y hueso, y tuviera nombre y apellido.

Es también condición para ser austero, no adular a las masas, no buscar su favor con mentidas promesas y falsas ilusiones. Jamás podrá ser austero, el gobernante que se asoma al balcón para ofrecer a la turba que lo aplaude, el pan y circo que le permita engañarla para utilizarla mejor. Bien pudo decir, por ello, José Ingenieros, que "hay miserables fanaes de popularidad, más degradantes que el servilismo. . . Más cobardes porque se dirigen a plebes que no saben descubrir el embuste. Halagar a los ignorantes y merecer su aplauso, hablándoles sin cesar de sus derechos, jamás de sus deberes, es el postrer renunciamiento a la propia dignidad".

Como lo es, también, señores, indigna falta de austeridad, aceptar regalos, producto de la adulonería y el miedo, con olvido del ejemplo histórico de Belgrano, y de las enseñanzas de Moreno, recogidas por la Constitución correntina en las normas ya mencionadas.

Uno y otro, adularon, sin dignidad y sin escrúpulos, a las turbas que los seguían, halagando sus pasiones más bajas, incitándolas al crimen, y utilizándolas cuantas ve-

ces precisaron el apoyo servil de las masas para lograr los fines de su demagogia cerril.

Así, con este olvido total de la austeridad republicana, los dos gobernaron. Y así, ambos provocaron el desastre y la tragedia moral del país. Esto es preciso recordarlo, y no olvidarlo, para que se advierta de qué manera los pueblos pueden destruir las bases del progreso moral de la República, cuando dejan impunes la inconducta de sus malos gobernantes, y premian su falta de austeridad, con idolatrías inexplicables.

¿Cuáles son las consecuencias, para la salud moral de los pueblos, del mal ejemplo que brindan tales gobernantes? Ellas saltan a la vista, y nosotros las hemos vivido, y sufrido. En primer lugar, el descreimiento y escepticismo cívicos, fatales para la juventud. De allí a la violencia, con sus terribles efectos, sólo queda un paso. En segundo lugar, la corrupción. La República no tarda en caer víctima de aquella dolorosa enfermedad de la civilización, que Horacio condenaba en sus sátiras morales con estas palabras: "...La pasión ciega e irracional de las riquezas por las riquezas mismas, que despoja a los hombres hasta del medio de gozar de ellas, y aún los hace más esclavos que la pobreza". Después, el fanatismo y el odio. El pueblo se acostumbra a vivir en esta atmósfera irrespirable, entre la ira y el miedo, olvidando los rudimentos más primarios de la convivencia entre seres humanos. Se acostumbra al bestialismo innoble, hasta que la violencia convierte en polvo su propia condición humana. Y afloran entonces la incomprensión y la intolerancia. Los ciudadanos ya no saben dialogar, ni discutir, ni discrepar. La metralla y la bomba se convierten en el lenguaje obligado, para imponer la propio razón, aunque no se la tenga. ¿Qué resta de la República, con todo esto? Adviértase, pues, cuánto importa, para salvar a la República, que sus gobernantes sean austeros, y adviértase cuánto cuesta recuperarla, levantarla de sus ruinas, cuando no lo son.

V.

EL DEBER DE HOY

Todo cuanto llevamos dicho, señores, no debe quedar como una exposición meramente académica, como si estas paredes nos aislaran del mundo circundante, y conviertan a este recinto en una cápsula perdida en el firmamento. No somos indemnes a todo cuanto nos rodea, ni ajenos a lo que en la calle ocurre. Somos nosotros, y nuestra circunstancia, como enseñaba el gran Ortega. La historia que hemos vivido. Todo cuanto en ella encontramos, de bueno y de malo. Los ejemplos, nobles y positivos, de austeridad republicana, que hemos recordado. Y los ejemplos nefastos, de olvido imposible, que nos avergüenzan. Todo esto nos ha pasado a nosotros, y por eso es precisamente historia. Debemos sacar, por ello, consecuencias, y vincularlas con el instante que vivimos, y el pedazo de tierra que pisamos. Y es el momento de hacerlo. No mañana, ni pasado mañana. Es hoy, y ya. Porque se está en la tarea de recuperar a la República. No de fundarla de nuevo, como peregrinamente se ha dicho. Y en tal tarea, debemos empezar por el principio, que son las bases morales que la sustentan. Sin ellas, bien afirmadas, el edificio se vendrá abajo.

Dijimos, al empezar, que todo el mundo espera ansioso los buenos ejemplos, y que éstos deben venir de arriba. Y con mayor razón, cuando se trata de la austeridad de los gobernantes.

Es por ello que los gobernantes de hoy —cuya austeridad no la ponemos en duda— deben realizar, fundamentalmente, una tarea de docencia cívica, ineludible y urgente. Con su propio ejemplo, desde luego, que pueden brindarlo. Y con el ejercicio, permanente, de aquellos preceptos que afirmara Moreno, en los días de Mayo, para que en ellos se apoyara la Patria y sustentara la República. Pero también con la prédica de aquellos principios, con la vigencia de sus enseñanzas, que debe llegar al pueblo, para que todos sepan qué es la austeridad, y cómo debe ser practicada, por los que gobiernan, y reclamada y vigilada, por los gobernados.

El mandato de Mayo, las páginas señeras de "La Gaceta", las normas imborrables del Decreto de Supresión de Honores, no deben quedar guardadas en libros que pocos leen, conservadas como piezas de museo, en el archivo de las cosas olvidadas, y por ello inútiles. ¡Cuántos episodios sombríos, cuántas páginas de vergüenza, de nuestra historia reciente, hubiéranse evitado, si el mandato de Mayo resonara, día a día, en las aulas, en las plazas, y en los despachos oficiales! Terminemos, de una vez por todas, con los pueblos que olvidan. Y terminemos con los aprovechadores de los olvidos.

El pueblo argentino, el pueblo tantas veces engañado, y otras tantas burlado, está ansioso de creer, de confiar, y de sentirse orgulloso de quienes lo gobiernen, porque estos puedan ofrecer, en casa de cristal, o en casa de piedra, la austeridad que hace de veras dignos a los gobernantes. Esta será la mejor lección, el mejor aporte, la piedra más firme, para asegurar definitivamente el progreso moral de la República. Y esta, en fin, la de la permanente austeridad de los que gobiernan, permitiendo al pueblo que conozca, plenamente, sin misterios, su conducta, y aventando todos los "algos" —negros, sucios, oscuros—, que puedan contaminar la atmósfera cívica del país, será la mejor manera, la única válida, de llevar a cabo el proceso de reafirmación de la República. Realicemos, pues, todos, gobernantes y gobernados, la práctica diaria de aquellas maneras de ser austeros —de las que recién habláramos— y tendremos así, Dios mediante, casi sin darnos cuenta, la República de paz, de justicia, y de libertad, que todos ansiamos.